

Habla un retrato

para "ANALES"

Apreciado lector:

Aquí estoy en cuadro bajo tus ojos, reproduciendo el conjunto de tres figuras. Reunidas se ven las cabezas, los bustos y el doble número de manos correspondientes a Pedro Figari, a mi izquierda, Eugenio Garzón a tu derecha y Eduardo de Salterain Herrera en el centro, como valle entre montañas o eslabón de grandezas.

Una tarde otoñal del año 1934, D. Raúl J. Faget tomó el grupo en su casa.

—No se muevan, — dijo a las figuras. Quédense así.

Y apuntando la máquina de fotografía movió levemente un resorte y el retrato que ves, lector, quedó grabado; no ya para un recuerdo que va y viene en la memoria, sino en germen de muchos recuerdos hijos.

El retrato no está solamente en lo que él muestra con las figuras sentadas, — dos de ellas por lo menos egregias, — en exposición, a la penumbra vespertina. Antes y después de la imagen, con antelación y posterioridad a la pose natural de tres hombres vestidos como cualquiera de la época, podrás creer con certidumbre, lector, que las figuras discurrían y hablaban sin enfado, mano a mano, en la intimidad de una reunión familiar.

—Este Garzón, — dice Figari afectuosamente, — sabe muchas cosas. Habla con aforismos. Ahora se ocupa de cosas del pasado.

—Sí, — confirma el de las barbas de plata, huésped de profesión como él mismo dice. — Le estoy diciendo a Salterain que la historia uruguaya tiene tres momentos: Artigas, los Treinta y Tres y la Defensa. Lo demás, es expectativa.

Figari, de ojillos vivaces, sonrío con la sorna de los rostros jocundos que pintó. Parece en actitud pensativa. Su mano amplia sostiene el mentón, como si quisiera cautivar a la sonrisa que le baja de las comisuras.

—Es cierto que usted prefiere las letras, — expresa Garzón al interlocutor de su derecha, con un cumplido gesto de reverencia.

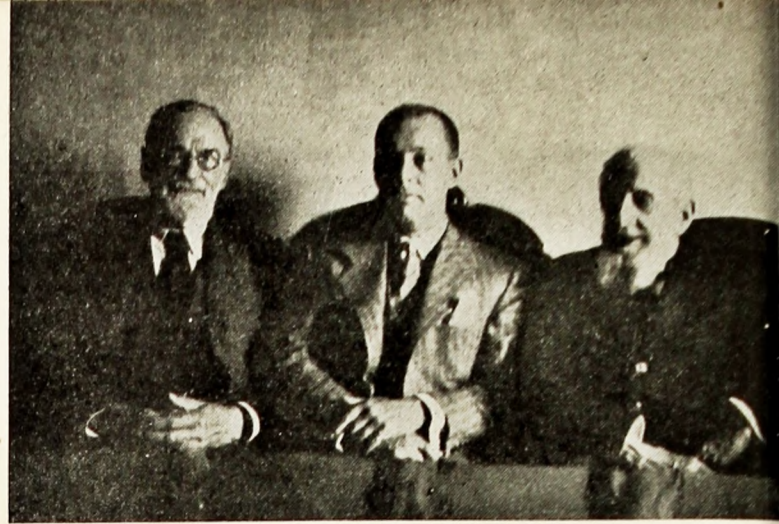
—Tal vez, — dice el del medio. — Pero las letras son historia, historia de la imaginación. Por lo demás, la historia es presencia, es ejemplo latente. Diga usted que la leemos pero difícilmente la aprendemos. Se enseña, se cita, pero no se aplica. ¿Verdad? Eche usted D. Eugenio una mirada por ahí...

—Yo viví la historia cimarrona, la gusté y la escribí. Ya no me sorprende.

Pausa y cambiar de postura ligeramente.

—¿Qué dice Figari?, — interroga el mismo Garzón invitándole a hablar.

—Nada. Escucho y miro, como esos negros de los cuadros que se ríen de nosotros. ¿Historia?... Asistimos a la liquidación de un mundo encabezando una civilización fracasada, juntando los trapitos más vistosos para coserlos y hacer lujosas "drape-ries", en lugar de vertebrar y coser con fuertes tientos, para afirmar nuestra columna dorsal vigorosamente. La sencillez nos choca y nos disgusta. Esto es nuestro escollo para llegar a la dicha. Hemos cargado nuestro equipaje mental de tal modo, tan in-



D Pedro Figari, Eduardo de Salterain Herrera y Eugenio Garzón.

(Montevideo, 4 de Abril de 1934).

consultamente, que se hace preciso desaprender lo aprendido, para saber algo tan simple como es que la cabeza se ha hecho para discernir. Nos movemos demasiado y no hay tiempo para deliberar.

El ánimo del grupo se pone grave, a tono con los conceptos del pintor. ¿Pintor?... ¿Qué le añade a San Lucas su profesión o a Goethe su abogacía? Habla por Figari el filósofo de "Historia Kiria", cuando comenta amigablemente lo que sigue:

—¿Vivimos acaso en un gran manicomio? Es tal la suma de incoherencias, de anomalías, de trapisondas, de pavadas y contrasentidos, aún en las "altas esferas", que por fuerza acude a nuestro espíritu, no ya la idea de que hay que "calentar la cola", sino de aprestarnos a ver el espectáculo del derrumbe, que es más cómico que trágico. La civilización no ha salido aún de la teatralidad. Perdida la noción exacta de lo real, la humanidad se echó a buscar apresuradamente la clave del misterio, de golpe. Antes de inquirir siquiera en qué consiste, preciso es que se vea la corona, en ciertos casos por lo menos, para saber dónde está el gobierno. Y eso que nos pavoneamos con la ilusión de hallarnos en la cúspide de la civilización y de los tiempos, cuando en realidad vamos por una correa sin fin.

—Exacto.

Detiéndose Figari brevemente y rastrea la política mundial, diciendo:

—La locura está cerca de todas las cabezas y entra solapadamente, sin golpear. ¡Cuidado! El culto incondicional de la libertad, viene sembrando la dictadura en el mundo. Sin moralidad, no hay orden posible ni bienestar.

—Sí, vivimos de palabras, como dice Hamlet, — señala Garzón, — preguntando en seguida: A propósito, Salterain: ¿ha pensado usted que Hamlet es un pensador o un soñador?

—Anduvo cerca de la locura. Buscó y poetizó la clave del misterio y creo que fué las dos cosas: soñador y pensador. Estaba construido de distinto modo que Figari y su obra no pasó de lo que pudo. ¿Verdad?

—¡Un momento! No se muevan, — repitió acercándose el Arquitecto.

"Tic", — se oyó entonces en el silencio.

El retrato, lector, quedó grabado como lo ves, sin retoque ni afeite alguno. La conversación continuó y sigue aún trascendiendo figuras y palabras, como cosa de espíritu.

Por el retrato.

Eduardo de Salterain y Herrera.